

La corregibilidad de la «observación participante»: una reflexión sobre la sociología actual¹

Fernando J. García Selgas



1. Introducción

Desde la Grecia clásica, cuando menos, ha habido una serie de conocimientos y de técnicas de adquisición de conocimientos que, en diferentes momentos, han pretendido quedar investidos de una dignidad especial, que les vendría dada por basar su acercamiento al ser de las cosas no en factores de creencia, sino en la pura razón y en la simple experiencia. Tales conocimientos han defendido su dignidad, a la que llaman ciencia (epísteme), por contraposición no sólo al saber dogmático-religioso-fideista, sino también al saber discutible u opinable (doxa y poiesis). Su defensa ha consistido en construir lingüística, instrumental e institucionalmente una muralla que las separa de sus indignos vecinos. Pero la muralla, cuya construcción pudo ser necesaria en algún momento, no contó con las suficientes puertas y ventanas para evitar el aislamiento y la axísis, esto es, para evitar que aquel conocimiento teórico-científico se viera irremediabilmente separado de la práctica, tanto en el sentido utilitario y normativo de la vida social, cuanto en el sentido estético del arte. Este divorcio múltiple, que Kant sancionó, ha sido presentado por Habermas como característica y problema de nuestra modernidad. Para el frankfortiano² hoy nos toparíamos con una doble separación: por un lado, lo científico habría quedado separado de lo ético-normativo y de lo artístico; por otro lado, cada uno de estos tres ámbitos tendría serios problemas para enlazar con el mundo de la vida, con la práctica cotidiana.

Todo este proceso de fragmentación ha estado jalonado por distintos enfrentamientos, desde la acusación a Sócrates de pervertir a la juventud hasta los movimientos de desobediencia civil. En el pueden reconocerse tanto la existencia de un problema tradicional y general, esto es, la cuestión de las relaciones entre teoría y práctica, cuanto que ese problema se ha ido presentando bajo diversos ropajes según la situación, los propósitos y las cuestiones vigentes. Recordar tres de estos momentos nos permitirá aclarar lo dicho e irnos introduciendo en el contexto donde hoy parece replantearse el viejo problema.

Quizá uno de los episodios más llamativos históricamente haya sido el de la confrontación entre la visión copernicana del orden celeste, defen-

dida por Galileo, y la visión ptolemaica, que el cardenal Bellarmino encontraba ajustada a las escrituras sagradas. Durante siglos se nos ha narrado la historia como el enfrentamiento entre la Fe, el saber convencional, dogmático e institucional, y la Razón, el saber empírico-racional, o único conocimiento realístamente fundado: el resultado habría sido la victoria de un conocimiento alejado de los intereses inmediatos de la práctica y del poder. Sin embargo, el hecho mismo del enfrentamiento (como la ambivalencia política que B. Brecht supo retratar en el protagonista de su «Vida de Galileo») es una prueba de que la defensa de la independencia de la ciencia frente a las instituciones establecidas constituye un reto para el poder de esas instituciones, y como tal reto adopta una cierta posición política. El problema no está en que hoy sea insostenible la narración tradicional de los hechos (que lo es), sino que algunos autores, como R. Rorty, basados en el resurgir del convencionalismo, el instrumentalismo y la hermenéutica, empiezan a hablar de la venganza del cardenal, especialmente en las ciencias sociales.

A comienzos de los años sesenta se desató una polémica sobre el distanciamiento habido durante los decenios precedentes entre dos culturas: la de los científicos, con su optimismo sobre, y su compromiso con, el progreso social, y la de los artistas e intelectuales literarios, con su visión trágica de la existencia. Para la mayoría de los que se interesaron por la cuestión resultaba claro que estábamos ante un desgarramiento cultural que habíamos pagado caro, e íbamos a seguir pagando. Pero los diagnósticos y terapias que se proponían eran diversos. El iniciador de la polémica, P. Snow³, ponía su confianza en que el desconocimiento de lo más característico del ser humano, que padecían los primeros, y la ignorancia supina con que se enseñoreaban los segundos, pudieran ser eliminados mediante una reforma de los sistemas educativos y el posible fortalecimiento de una tercera cultura mediadora, que vendría impulsada por los científicos sociales. Para Habermas⁴ se estaba ante el agravamiento del divorcio entre un universo de hechos intersubjetivos, sometible al control técnico-instrumental, y el mundo de la vida (*Lebenswelt*), cuya orientación unitaria por los valores tradicionales habría sido quebrada por la sociedad industrial y el historicismo. La mediación necesaria sólo podría venir, según Habermas, por una reflexión y discusión pública,

general y «libre de dominio», que situara en su lugar preciso al saber técnicamente utilizable. Ambas propuestas evidencian un voluntarismo que hoy resulta, cuando menos, ingenuo. Aunque algunos, como el mismo Habermas, no dejen de recaer en él.

Si nos centramos en las Ciencias Sociales, y más concretamente en la Sociología académica, nos encontramos con unos saberes que, desde su origen, han querido compatibilizar el positivismo naturalista con una innegable vocación de intervención práctica. Uno de los resultados más evidentes de esta tensión fue la polémica de principios de siglo sobre la neutralidad valorativa (*Wertfreiheit*), que tuvo en Weber el caso más relevante. No olvidemos que la decidida defensa weberiana de una neutralidad del científico social frente a la elaboración de normas y a la elección de valores, que sería salvaguarda de la objetividad, iba acompañada de un fundamentar la objetividad en la adecuación del punto de vista (selectivo y comprensivo) del investigador al curso o sentido histórico, esto es, a los valores e intereses prácticos de su situación⁵. Esta ambivalencia respecto al uso y elaboración de unos instrumentos ecuanímes para estudiar la emergente sociedad industrial o capitalista, y a la imbricación inmediata y directa de este estudio en las discusiones político-morales, era común a todos los representantes del «proyecto clásico en Sociología», sin embargo la progresiva institucionalización, la cerrazón en torno al discurso positivista, y la creación de complejas herramientas de investigación (es decir, la edificación de la muralla) hicieron que ese proyecto quedara encerrado bajo el cada vez mayor distanciamiento entre: I) una teoría altamente abstracta; II) un incansable y cada vez más refinado acopio de complejos datos, y III) la explicitación de las demandas, posibilidades y conveniencias prácticas⁶. Si a esto unimos el progresivo distanciamiento académico de disciplinas como la Sociología, la Economía, y la Ciencia Política, con la consiguiente falta de visión global de la realidad social; un contexto histórico de consolidación de la división de Occidente en dos bloques, que parecían ir cumpliendo sus programas de «progreso» y, en cuanto tal, parecían poder reclamar un «dejar hacer a los poderes institucionalizados»; el dominio en la teoría de la ciencia de la llamada posición heredada (Carnap y Popper), etc.; tendremos el caldo de cultivo de una especie de consenso ortodoxo que, basado en el modelo funcionalista y en la ló-

gica positivista, ha caracterizado a las Ciencias Sociales desde la segunda guerra mundial hasta los años sesenta. Según este consenso, los sociólogos, como sociólogos y en tanto se atengan al único método científico correcto, no pueden hacer juicios de valor ni debatir sobre *cómo deben ser* las cosas, o sobre lo justo o injusto de ciertas instituciones; su único cometido será explicar *cómo es* la realidad social.

Para el consenso ortodoxo los únicos medios por los que la Ciencia Social (la teoría) incide en la vida cotidiana (la práctica) son los mismos por los que lo hacen las Ciencias Naturales, a saber, la crítica y eliminación de imágenes erróneas o míticas que pueblan el conocimiento cotidiano, y la organización técnico-instrumental de los medios disponibles para la consecución de un fin preestablecido. La ciencia incidiría en la práctica sólo de modo revelador o técnico, mientras la práctica no entraría en el interior de la muralla científica por la guarda que ejercen los cortes epistemológico y metodológico. Sin embargo, en el último cuarto de siglo, ha cambiado profundamente la situación, hasta el punto de que la reflexión sobre una simple cuestión metodológica nos va a mostrar lo insostenible de esa visión derivada del consenso y la posibilidad de una superación de la fragmentación señalada al comienzo.

2. La ruptura con el consenso ortodoxo y sus consecuencias metodológicas

El consenso ortodoxo, edificado sobre los antecedentes esbozados, ha visto saltar en pedazos sus principales elementos componentes, tanto en el modelo académicamente dominante del funcionalismo como en el contramodelo marxista. A partir de los años sesenta han ido cayendo, una a una, las bases de dicho consenso: la histórica, la teórico-temática y la metodológica. El aval práctico que suponían la construcción del estado-de-bienestar y la consecución de los planes estatales empezó a convertirse en impedimento desde el momento que manifestaban unas contradicciones reales, que ponían en cuestión su bondad y que los expertos no sabían cómo analizar (pues enjuiciar no podían). Los conceptos que pretendían ser los explicativos

en última instancia, como los de «función», «necesidad», «relaciones de producción», «clase», etcétera se han ido percibiendo como mitológicos o necesitados, a su vez, de explicaciones complementarias, pues los modelos teóricos en que se articulaban iban mostrándose obsoletos: contruidos para analizar una realidad (la sociedad industrial o capitalista) que venía sufriendo cambios sustanciales, tales modelos se revelaban inoperantes. El canon metodológico heredado se vio atacado en su núcleo cuando los mismos teóricos de la ciencia, educados en la tradición analítica, empezaron a desmontar, uno por uno, los supuestos y distinciones en que aquél se basaba.

A estos procesos centrales deberíamos añadir otros, como la rápida multiplicación de centros docentes e investigadores, que empezaron a prestar atención a los estudios sociológicos, facilitando la ampliación de los puntos de vista desde los que se realizan éstos, o la cada vez más extendida aceptación de vérnoslas no con una sociedad moderna e industrial, sino postindustrial o postmoderna, donde los principios de identidad e individuación y el estudio de las grandes estructuras sociales (lo económico, lo político) ceden su lugar estelar en el escenario a los principios de identificación variable y «neotribalismo secuencial», y al análisis de situaciones concretas y hechos cotidianos⁷. En definitiva, desde finales de los años sesenta se han ido resquebrajando los soportes del consenso ortodoxo, haciendo que la Sociología se desarrollara en diferentes programas de investigación, más divergentes que complementarios. La Sociología ha vivido desde entonces un desarraigo producido por la multiplicación incesante de enfoques teóricos y metodológicos, la ecléctica combinación de tradiciones dispares, la dificultad para la comunicación con los propios colegas, etc. Esta situación de desarraigo y dispersión ha traído importantes consecuencias para nuestra disciplina. De entre ellas, nos reduciremos a las que tienen un carácter metodológico, en concreto resaltaré los aspectos que afectan a la cuestión de la corregibilidad de las afirmaciones sociológicas.

En primer lugar, es claro que al multiplicarse los modelos teóricos y los conceptos explicativos (con especial proliferación de los inspirados en la tradición de la comprensión), así como al ampliarse los temas de atención (donde la revalorización de las diferentes realidades cotidianas es un factor principal), la variación de las técnicas de investigación debía crecer exponencialmente.

De hecho, es innegable la cada vez mayor aceptación de diferentes técnicas cualitativas y la complejización en el tratamiento y desarrollo de las técnicas cuantitativas. Quizá aquí sí sea adecuado hablar del «todo vale» y del «ninguna lo vale todo», pero extender este juicio a la organicidad metodológica, explicativa y justificadora de esas técnicas y de los resultados que producen, nos llevaría a la incómoda situación de carecer de criterios justificadores o de validación.

Hay un par de factores en las técnicas vigentes que pueden facilitarnos la especificación del proceso vivido: la atención primordial al aspecto lingüístico, y la ineludibilidad de un momento etnográfico. Las críticas internas (teóricos analíticos de la ciencia) y externas (Escuela de Frankfurt, M. Polany, etc.) al canon metodológico naturalista han llevado a rechazar el modelo confirmatorio positivista, esto es, a negar la existencia de unos criterios universales de justificación del conocimiento y a reconocer el componente retórico y hermenéutico del quehacer científico. De ahí que en el ámbito metateórico se haya desarrollado el análisis del discurso de la ciencia, mientras en el metodológico las técnicas de investigación social se han esforzado tanto por que su propio lenguaje fuera cada vez más adecuado al objeto y al objetivo explicativo, cuanto por desarrollar el componente semiótico que les permitiera un más profundo análisis del discurso de los actores estudiados. Más aún, el reconocimiento y la aceptación de lo primordial del componente lingüístico en los diferentes niveles de los estudios sociológicos se ha visto acompañado del giro lingüístico acaecido en el pensamiento occidental, lo cual ha permitido, por ejemplo, que Habermas ⁸ afirmara que la fundamentación de las Ciencias Sociales ha pasado del modelo kantiano-hegeliano de búsqueda de fundamentos del conocimiento, al modelo wittgensteiniano-gedameriano de asentamiento de las bases posibilitantes de la comunicación e interacción lingüística.

Algunas de las dicotomías básicas de la visión positivista habían sido las primeras en caer (incluso zarandeadas ya por el mismo Popper). La supuesta separación entre teoría y experiencia, que permitiría a ésta servir de base para enjuiciar aquella, se vino abajo al reconocerse que los enunciados experienciales básicos estaban convencionalmente establecidos y que no existía una observación pura, sino siempre cargada conceptual y teóricamente ⁹. La observación siempre se

hace desde una categorización lingüísticamente delimitada, por lo que la observación, si pretende ser objetiva (adecuada al ser de los objetos de estudio) y versa sobre un mundo simbólico o lingüístico, como necesariamente lo es el de los hechos sociales, tiene que adaptarse, aunque sea sólo previamente, al entramado conceptual de ese mundo: la observación de los hechos sociales, especialmente cuando se fija en las prácticas cotidianas, no puede dejar de penetrar en el mundo de los significados de los actores, necesita asimilarlo desde dentro, como un participante. Por ello, la investigación entera tendrá siempre un momento etnográfico. Este momento, y el carácter participativo de la observación, se reafirman una vez que tampoco hay una separación tajante entre oraciones descriptivas y normativas, pues en las condiciones de validación de los actos de habla correspondientes aparecen igualmente elementos de ajuste con la realidad empírica y aceptaciones de deberes y normas.

De este modo, entre las consecuencias producidas por la multiplicación de los enfoques sociológicos y el descrédito del canon naturalista, que caracterizan a la ruptura con el consenso ortodoxo, aparecen el paso a primer plano de el factor lingüístico, las prácticas cotidianas y el componente etnográfico de toda investigación. Argumentar la aceptación generalizada de estas consecuencias requeriría mostrar, por ejemplo, cómo los estudios sociológicos de hechos pasados, o las técnicas más cuantitativistas, están cada vez más atentas a las descripciones hechas por los propios agentes sociales, pero ello nos desviaría de nuestra reflexión. En su lugar parece evidente que aquellas tres consecuencias confluyen en situar en primerísimo lugar del trabajo sociológico a las observaciones/descripciones participantes (que asumen a las tres), sobre todo si caracterizamos a éstas de un modo tan amplio como el apuntado, según el cual serían tales desde las descripciones que los actores (naturales) hacen (en un grupo de discusión, en un documento, en una entrevista en profundidad, etc.), hasta las que hace el sociólogo profesional una vez integrado en determinado grupo, y mundo, lingüístico-simbólico.

3. Necesidad y problemas de la «observación participante»

En este sentido amplio, la observación participante de las prácticas cotidianas se ha convertido en un elemento al que debe adecuarse toda investigación sociológica (incluidas las teóricas y las estadísticas, que lo harían indirectamente), que no quiera construir ficciones incontroladas. Sin embargo, dado que la Sociología no puede, ni quiere, reducirse a una mera reformulación escolástica o académica de las observaciones/descripciones participantes, sino que pretende interpretarlas y explicarlas, e incluso intervenir prácticamente en la realidad en que se generan, nos encontramos con el problema metodológico y epistemológico de validar tales pretensiones ¹⁰. ¿Cómo es posible conjugar la admisión del carácter primordial de la observación participante, y su necesaria corregibilidad interna al discurso cotidiano, con su traslación a un marco conceptual diferente, donde puede sufrir una nueva corrección?

De forma estricta se habla de observación participante sólo en el caso del trabajo de campo, esto es, cuando el investigador convive con el grupo que estudia, e incluso participa de sus actividades. Un ejemplo clásico de la aplicación sociológica de esta técnica es el estudio de Goffman sobre la vida en un manicomio ¹¹. Este tipo de investigaciones, que tienen desventajas como ser sólo aplicables a comunidades pequeñas y depender de la habilidad personal del investigador para ser admitido en ellas, tienen la ventaja, sobre las encuestas por ejemplo, de ser más flexibles a la realidad estudiada y no quedarse sólo en lo que los sujetos dicen de sí mismos, sino acercarse a lo que realmente piensan y al sentido originario que tienen las descripciones que hacen ¹², es decir, esta técnica ejemplifica las características metodológicas que especifican la ruptura del consenso. Pero nosotros hemos hablado de «observación participante» en un sentido más amplio, que engloba a otras técnicas: a todas aquellas que toman como elemento central las descripciones y observaciones que hace el actor mismo (sea natural o profesional), y lo hacen porque asumen (explícita o implícitamente) que sólo a partir del lenguaje mismo que los actores emplean en sus interacciones puede reconstruir-

se el sentido y la carga simbólica que éstas tienen constitutivamente. Ahora bien, la corregibilidad que toda descripción o enunciado observacional ha de tener, requiere que quien la utiliza en la investigación tenga, por un lado, acceso a las reglas y criterios semánticos propios del discurso originario y, por otro lado, pueda situarlo en el marco teórico conceptual de su disciplina.

Para aclarar esta problemática, en el mismo ámbito general que damos a la expresión «observación participante», vamos a acudir a uno de los enfoques que más y mejor ha trabajado la observación participante en su sentido amplio. La etnometodología pretende estudiar, como sabemos, las actividades, contextos y conocimientos prácticos cotidianos, para lo que utiliza el expediente de reconstruir el modo en que los actores organizan sus conocimientos y hacen lingüísticamente explicitables (accountable) los hechos cotidianos. Donde los enfoques tradicionales veían cosas, estructuras, funciones latentes, etc., los etnometodólogos ven los procesos activos mediante los que se crean y reproducen las estructuras formales de las actividades cotidianas. En esos procesos activos, el sentido común, el mundo de lo-dado-por sentado, ocupa un lugar esencial, tanto para la práctica misma como para la corregibilidad de sus descripciones. Para el etnometodólogo lo pertinente no es descubrir desde fuera la esencia de una realidad social, sino estudiar los métodos prácticos, de racionalización y describibilidad con que los sujetos construyen, y siguen construyendo, esa realidad. Un buen medio para ello es introducirse en la interacción, poner en duda lo-dado-por-sentado y ver cómo los sujetos restablecen práctica y lingüísticamente el curso normal ¹³. Por ello podemos decir que la etnometodología presenta los rasgos de un caso típico de los enfoques en ruptura con el consenso. Pero, lo que es más importante, una vez dicho lo anterior, podemos señalar además que en ella se manifiestan inmediatamente la necesidad de fundamentar la corregibilidad y la relevancia explicativa de las observaciones/descripciones participantes, así como su refutabilidad desde una posición más compleja teórica y científicamente.

Prueba de que los etnometodólogos sienten estas necesidades, es que utilizan, entre otros ¹⁴, dos expedientes para satisfacerlas, cuyo recuerdo ha de permitir, de paso, que nos situemos en una perspectiva más clarificadora. El primero de esos expedientes consiste en señalar que la justificabilidad y corregibilidad de las descripciones viene

posibilitada por los mismos criterios y reglas semánticas que sostienen el significado del discurso propio de las interacciones en cuestión, a la vez que diferencian el enfoque con que el actor ve esos criterios y reglas (como algo natural, dado) y cómo lo ve el analista (como la realización de los conocimientos y actividades del sujeto). Lo que todos saben, lo que todos asumen que los demás saben, lo que todos aceptan como dado y natural, y sin embargo es arbitrario, aunque ligado intrínsecamente a las acciones prácticas cotidianas, es el mundo del sentido común, que proporciona el «así es» a las descripciones, explicaciones, glosas, etc., cotidianas¹⁵. En segundo lugar, se afirma que ese trasfondo de sentido común tiene un carácter reflexivo, queriendo afirmar con ello que el conocimiento común no sólo permite al sujeto describir su entorno social, sino que las características de la sociedad real vienen producidas por la admisión de esa descripción-conocimiento por los sujetos. Las explicaciones, descripciones, observaciones, resúmenes, etc., que los participantes hacen, así como los resultados y usos que de ellas se hacen, «son elementos integrantes del mismo orden social que tales procedimientos ayudan a describir»¹⁶. Se manifiesta así que hay un vínculo fuerte entre la necesidad de la observación participante en sentido amplio y la aceptación de que el conocimiento y el lenguaje que los actores tienen son elementos constitutivos de la realidad social misma.

El caso de la etnometodología nos muestra que el afianzamiento de la ineludibilidad y de la corregibilidad de las observaciones participantes (problema surgido en la ruptura con el consenso ortodoxo), necesita ir acompañado de un repensar la realidad social, reconceptualizarla. ¿Qué otra cosa, si no, es el situar el mundo del sentido común, o del conocimiento compartido, tanto como base de la corregibilidad de las descripciones, cuanto como elemento constitutivo de la realidad social? ¿Desde qué sustento podemos afirmar que aquellas modificaciones metodológicas nos permiten explicar la realidad social? o, más concretamente, ¿qué nos hace pensar que el discurso científico puede corregir las descripciones participantes sin romper la base de sentido común que las hace comprensibles? Sólo si repensamos la realidad social, esto es, reconstruimos la teoría social, podremos aclarar la base metodológica de nuestra labor. Esta es una de las herencias de la ruptura con el consenso, en concreto de

la ruptura con el canon naturalista: la necesidad de una reconstrucción teórica que asimile ordenadamente los enfoques más fructíferos surgidos de aquella, y no recaiga en los errores del consenso anterior.

4. La reconstrucción teórica de A. Giddens

Para este cometido me voy a basar en la reconstrucción teórica emprendida por A. Giddens. El sociólogo británico elabora la teoría de la estructuración como superación y resultado de las limitaciones del consenso y de las insuficiencias de los nuevos enfoques. Frente a éstos, la etnometodología por ejemplo, recuerda Giddens que la relevancia de las condiciones desconocidas y de las consecuencias no pretendidas impide una concepción subjetivista de la acción y exige atender a lo institucional¹⁷; frente al estructural funcionalismo recuerda que la carencia de valor explicativo generada al limitarse a mostrar la función o la ordenación estructural impide una concepción objetivista de las instituciones y exige la conexión conceptual entre los más simples encuentros cotidianos y el desarrollo de «larga duración» de las instituciones; frente al evolucionismo y al historicismo que anidan en el materialismo histórico señala que la temporalidad no es una cuestión de contextualidad o de procesualidad, sino que exige explicar cómo las limitaciones de la presencia individual (las limitaciones de un desarrollo vital irreversible y finito) son trascendidas por el «estiramiento» de las relaciones sociales a través del tiempo y el espacio (un tiempo reversible), y cómo éstas son posibilitadas por un ser cuya existencia es «pasar en transformación»¹⁸.

Tales puntos de partida conducen a que el ámbito básico de estudio, y base de la conceptualización, no sean ni la experiencia del sujeto ni las totalidades o estructuras sociales, sino las «prácticas sociales ordenadas a través del espacio y el tiempo», a partir de las cuales se redefinirán aquellas. Para que sea factible esta redefinición, y antes de adelantar una visión episódica (no evolutiva) y reproductiva (no dada) de la realidad social, necesita recalcar que esas prácticas sociales: I) tienen un carácter *recursivo*, esto es, no son creadas por el actor, sino recreadas en los medios mismos que utiliza; II) su realización se basa en

la *reflexividad* o carácter dirigido de la corriente de vida social por la racionalización y el conocimiento que los actores poseen, y III) hay una interdependencia entre la recursividad y la reflexividad. Ahora podemos entender qué quiere decir Giddens cuando afirma ¹⁹ que las prácticas sociales son destrezas, métodos o técnicas apropiadamente realizadas por los agentes, que podían haber sido hechas de otra manera; y cómo ello le permite modificar las concepciones del actor y de la acción (modelo estratificacional del agente) y de la estructura («orden virtual y recursivo de reglas y recursos»). Es decir, el elemento básico de estudio y conceptualización estará en las prácticas sociales o acciones («agencias») situadas, que los actores realizan propositivamente merced a un conocimiento práctico, que reproduce unos recursos y unas reglas, pero que podría ser de otra forma o, lo que es igual, que tiene una capacidad transformadora. En consecuencia, la construcción teórica, la teoría de la estructuración, consiste en especificar los modos en que las estructuras sociales son producidas y reproducidas en la interacción social.

En esta presentación apresurada de la teoría de la estructuración se aprecia ya que el conocimiento poseído por los actores es un elemento constitutivo de las prácticas sociales y, con ellas, de toda la realidad social. Esta idea se refuerza al fijarnos en el teorema central de esa teoría: el teorema de la «dualidad de la estructura». Según este teorema «la constitución de agentes y estructuras no son dos conjuntos de fenómenos dados independientemente, un dualismo, sino que representan una dualidad» ²⁰, en la que las propiedades estructurales de los sistemas sociales son medios y resultado de las prácticas que recursivamente organizan, y en la que en toda interacción el actor competente, al recurrir, normalmente de forma rutinaria, a los conocimientos y medios que tiene, trae a colación los recursos prácticos que son condición y posibilidad de esa interacción ²¹. La dualidad de la estructura nos sitúa ante la relación interna entre las acciones concretas o cotidianas y las propiedades estructurales: una relación que se aprecia al ver las prácticas sociales como la aplicación hábil, reflexiva y recursiva de unas reglas y unos recursos, que sólo existen en tanto se aplican. Así, el conocimiento (discursivo, tácito o inconsciente), que el actor posee, es elemento constitutivo tanto del modelado o estructuración recurrente de la realidad social, cuanto de la conformación del individuo

como agente social: «El conocimiento del actor de las prácticas en que participa es ya un elemento de esas prácticas», dice Giddens ²² explícitamente.

Dentro de ese conocimiento compartido por los agentes sociales, establece Giddens una distinción analítica que conviene recoger, pues ha de sernos útil más adelante. La organización reflexiva de la acción se hace posible por el medio práctico de la significación del lenguaje, la cual se basa, al igual que el modelado recursivo de la acción, en los recursos y reglas que el actor usa en base a su conocimiento. A ese conocimiento que, estando emparentado con los recursos materiales y estructurales, y con las reglas normativas y semánticas, desarrolla aquí el actor, lo llama Giddens «conocimiento mutuo» (mutual knowledge), pues consiste en los conocimientos (de convenciones) que se espera tenga todo actor competente: son los esquemas interpretativos y las técnicas por los que los actores constituyen y comprenden las prácticas sociales, y mediante los cuales el investigador puede acceder a la comprensión de las acciones. Bajo ese «conocimiento mutuo» hay una serie de creencias, un marco de «seguridad ontológica» que lo apuntala y que Giddens denomina ²³ «sentido común» (common sense).

En conclusión, la conceptualización de la realidad social que Giddens nos propone evidencia que toda investigación sociológica debe tanto tratar a la acción como conducta racionalizada y organizada reflexivamente, para lo que tiene que recoger el conocimiento discursivo y tácito de los actores (momento etnográfico u observación participante), cuanto tratar la organicidad institucional de la vida social, para lo que tiene que reconstruir analíticamente las condiciones desconocidas y las consecuencias no-pretendidas que circundan a la dirección reflexiva de la acción (elaborar unas descripciones complementarias e incluso críticas respecto de los participantes), siendo consciente además de que ambas labores son inseparables ²⁴. De este modo se proporciona el necesario corpus teórico-ontológico a los rasgos y problemas metodológicos generados en la ruptura del consenso y se facilita su clarificación. En concreto, ahora entendemos que la conjunción de la corregibilidad de descripciones participantes de una acción social y de la justificabilidad de descripciones o explicaciones de esa acción hechas desde un marco interpretativo diferente, como el que ofrece un discurso sociológico

concreto, es el correlato metodológico de una (re)elaboración teórico-ontológica.

5. La corregibilidad de las descripciones y la «doble hermenéutica»

A estas alturas resultaría insostenible afirmar que la corrección de las descripciones participantes está asegurada desde el momento en que otro sociólogo puede repetir o replicar la observación realizada, pues la validación de ambas descripciones/observaciones dependería de su conformidad con los criterios y reglas semánticas que pueblan el «conocimiento mutuo» de los actores. Sólo podemos mostrar la validez de una descripción participante, esto es, la adecuación o ajuste de la misma a la realidad cotidiana a que se refiere, si accedemos a las reglas y criterios de corrección que convencionalmente se aplican en ese contexto. Lo cual es, por un lado, una reafirmación del momento etnográfico de toda investigación, y, por otro lado, un problema para aquellos estudios que atienden situaciones directamente inabordable para los profesionales, que entonces se limitarían a ratificar la no violación de los rasgos más comunes del comportamiento humano. Pero el auténtico problema está, como hemos visto, en que la descripción participante, que se ha hecho imprescindible, se encuentra, hasta en sus criterios de corrección o adecuación, como encapsulada en un contexto práctico definido, y la Sociología, tanto en sus planteamientos clásicos (Marx, Durkheim) como en la reconstrucción teórica actual (Giddens), necesita también poder elaborar descripciones y explicaciones que resitúen aquella descripción en un marco interpretativa y teóricamente más complejo y, por tanto, trascienden aquel contexto originario ²⁵.

Para solucionar este importante problema, algún autor como I. Cohen ²⁶, se ha apoyado en la distinción que Giddens hace entre «conocimiento mutuo» y «sentido común», ya que si aquel es inamovible, como parte integrante de la realidad social misma, éste funciona como un fondo de creencias y seguridades que, siendo necesario, puede ser parcialmente alterado, pues sólo indirectamente soporta el sentido y significado de la descripción. Serían así las certezas y asunciones

ontológicas embutidas en el «sentido común», que subyace al contexto de la práctica social estudiada, las que podrían ser identificadas, trasvasadas al marco conceptual sociológico y convertidas en objeto de análisis crítico. Según Giddens ²⁷ analizar el «sentido común» es «considerar» el status lógico y empírico de las creencias imbuidas (tácita y discursivamente) en la forma de vida».

Esta solución al problema, que vamos a tomar en principio como aceptable y mejorable, implica, en primer lugar, que ese posible análisis crítico del «sentido común» se realiza desde los particulares conocimientos y creencias que sustentan el sentido de ese discurso científico, entre las que resaltan las consideraciones ontológicas, epistemológicas y éticas. En segundo lugar, encontramos que, si un análisis nos lleva a explicitar algunas condiciones desconocidas (por el agente) o a afirmar lo contrario de algunas certezas básicas en la práctica, el resultado del análisis producirá un conocimiento disonante en los actores, que les llevaría a cuestionarse su propio marco de sentido, aunque para que suceda esto muy probablemente se requiera que algunos elementos rutinarios hayan perdido peso. Ambas implicaciones confluyen, pues la segunda nos lleva a preguntarnos por la posible incidencia del conocimiento sociológico en el factor reflexivo de la vida social, y esta pregunta pone en cuestión algunas de las certezas epistemológicas (y quizá también ontológicas y éticas) que han actuado como trasfondo del marco de sentido del discurso sociológico ²⁸. Se ratifica y aclara que aquí se encuentra la siguiente cuestión que debemos abordar cuando recordamos que a ella también nos conducen: I) otros resultados y rasgos de la ruptura con el consenso, y II) la perspectiva en que nos dejaba situados la teoría de la estructuración.

I) Vimos que el desdibujamiento de dicotomías que eran básicas en el canon metodológico naturalista llevaba a reconocer la carga teórica (y normativa) de los enunciados observacionales y su consiguiente incapacidad para determinar la validez de las afirmaciones teóricas o generales. La consecuencia inmediata era, y es, la necesidad general de replantear los medios de justificación, validación y corrección del conocimiento científico. A ello se unía en la Sociología el paso al primer plano temático de las variadas prácticas cotidianas y el reconocimiento de que las acciones sociales, dado su carácter significativo, reflexivo y

propositivo, no pueden ser descritas correctamente sin captar antes el significado que los agentes atribuyen a su conducta (pensemos, por ejemplo, en los estudios sobre el suicidio). De este modo podemos decir que en el caso de la Sociología, e incluso del resto de las Ciencias Sociales, aquella necesidad general se ve acuciada, primero, porque, por razones temáticas y metodológicas, no puede renunciar ni a la consideración de la experiencia, racionalización y construcción de sentido de los agentes, ni al estudio del carácter estructurado, condicionado o institucionalizado de la realidad social; y, segundo, porque, por razones metateóricas, las investigaciones sociales mismas y sus resultados parecen poder formar parte de la realidad que abordan. En resumen, a la necesidad postpositivista general de una revisión del marco epistemológico de las ciencias, las investigaciones sociales añaden la urgencia de un replanteamiento de su relación con el «objeto» tratado.

Si seguimos a Giddens ²⁹ en su interpretación de esta situación general empezaremos a ver cómo el concepto de «doble hermenéutica» nos ayuda a aclarar el terreno. Dado que toda observación aparece cargada conceptualmente tenemos que en el discurso científico cualquier término está ligado semántica y pragmáticamente a los conceptos del entramado teórico, y entonces, desde la justificación de una descripción hasta la confrontación de dos teorías, se implica una tarea interpretativa o hermenéutica. Es decir, resulta que la labor justificativa y fundante de las ciencias, el trabajo metateórico en general, incluye una labor hermenéutica y, con ella, una cierta circularidad en su desarrollo. Pero en las ciencias sociales esa labor hermenéutica aparece también en el discurso simple (no metateórico), pues, desde las teorías hasta las descripciones, se habla de una realidad (la social) donde el lenguaje y las estructuras de sentido son elementos primordialmente constitutivos. Por lo tanto, puede decirse que en las ciencias sociales se da una labor doblemente hermenéutica, se da una doble hermenéutica, una doble circularidad.

Ahora bien, el carácter «pre-interpretado» de la realidad estudiada, esto es, el componente reflexivo (lingüístico y cognitivo) de la acción social, hace al «objeto de estudio» susceptible de entrar en la doble circularidad hermenéutica de las Ciencias Sociales, de modo que al igual que el «conocimiento mutuo» de los contextos cotidianos entra en el discurso sociológico, los resulta-

dos de éste, algunas interpretaciones, conceptualizaciones, etc., pueden ser absorbidos por el conocimiento que tienen los actores, modificándose la realidad de la que éste es elemento constitutivo. Hay por tanto una conexión doble, en dos vías, entre el lenguaje/conocimiento cotidiano y el lenguaje/conocimiento de las Ciencias Sociales.

La doble hermenéutica que caracteriza a las Ciencias Sociales no se limita a clarificar esta doble vía de conexión entre ambos discursos, sino que con ello hace patente, entre otras cosas, que no se puede aclarar el estatuto epistemológico de las Ciencias Sociales, en concreto, no se puede fundamentar la justificabilidad y validación de sus asertos, si no se aclara a la vez la doble relación interna entre el conocimiento teórico-científico y la práctica social. Ambas cuestiones se presentan inseparables, de modo que, en nuestra actual situación postpositivista, mientras la circularidad hermenéutica simple de las Ciencias Físico-naturales hace que su clarificación epistemológica pase por un entrelazamiento de cuestiones teóricas y metateóricas ³⁰, *la doble hermenéutica de las Ciencias Sociales las obliga a afrontar su clarificación epistemológica entrelazando consideraciones teóricas, metateóricas y prácticas*. Evidentemente este entrelazamiento obliga a variar el modo en que tradicionalmente se han afrontado estas cuestiones por separado.

Puede decirse que ya había un cierto reconocimiento de esta situación, aunque mal enfocada, en el consenso ortodoxo cuando, a propósito de la verificación de generalizaciones, se hablaba de profecías autocumplidoras o autonegadoras. Pero, como dice Giddens ³¹, se veía en éstas un mero problema para el acopio de evidencias que justificaran una determinada generalización y no la manifestación de un rasgo peculiar de las Ciencias Sociales y, en concreto, de la relación que éstas mantienen con su objeto de estudio. La concepción positivista de «generalización» y «ley», así como una concepción de la realidad social que desligaba los factores estructural-funcionales de los volitivo-intencionales, impiden reconocer que aquel hecho no era marginal, sino consustancial a las generalizaciones que se pueden hacer en un conocimiento cuyos asertos pueden hacer variar no sólo nuestra mirada u observación, sino incluso las condiciones de la realidad (social) en que deberían verificarse tales generalizaciones. No era un mero problema me-

todológico marginal, sino una cuestión central de las Ciencias Sociales.

II) Quizá la perspectiva que nos haga ver más clara esta situación sea la que se deriva de la reconstrucción teórica emprendida por Giddens, al fin y al cabo de ella hemos extraído el concepto de «doble hermenéutica». Cuando la realidad social no se presenta encuadrada en unas coordenadas espacio-temporales por las que deambularía evolutivamente, sino que se la ve como situada, teniendo en el espacio y el tiempo un componente interno, que la hace mutable y «episódica»; cuando las regularidades y el carácter institucional de la vida social no aparece encarnado en órdenes estructurales sino en el carácter rutinario de las prácticas sociales y en los recursos y reglas imbuidos en el «mutuo conocimiento»; cuando el objeto de estudio queda vislumbrado como (re)producido en las prácticas sociales concretas y mantenido por la acción de sujetos reflexivos y propositivos; etc., entonces, la excepción no son las generalizaciones que se autoverifican o autofalsean, sino las que pueden ajustarse al obsoleto canon positivista.

De forma más concreta la teoría de la estructuración, que en el fondo es el intento de teorizar la relación interna entre la producción y la reproducción social, y por ello tiene en la dualidad de la estructura su teorema central, nos conduce a una visión de la acción y de la estructura, en la que, siendo ambas resultado de las prácticas sociales, las peculiaridades de cada una hacen del conocimiento un ingrediente básico del acontecer social. Ni el individuo puede actuar de agente social sin dominar los recursos y reglas que posibilitan la interacción, ni la estructura tiene existencia con independencia de ese conocimiento que los actores tienen sobre cómo continuar en las prácticas cotidianas.

La dualidad de la estructura, que es la fundamentación de la continuidad en la reproducción social a través del espacio-tiempo, presupone la dirección reflexiva de los agentes en, y como constituyentes de, la *durée* de la actividad social cotidiana, aunque no se puede olvidar que en el modelo estratificacional de la acción ese «conocimiento» está limitado por las «condiciones desconocidas» y las «consecuencias no-pretendidas». El mismo Giddens reconoce que una característica lógicamente necesaria de la dualidad de la estructura consiste en que «los agentes sociales son cognoscentes (knowledgeable) respecto al sistema social que constituyen y reproducen

en sus acciones»³². Ahora bien, buena parte de ese conocimiento es inconsciente y, sobre todo, tácito o práctico, por lo que puede explicitarse y convertirse en discursivo, lo que ya de por sí tendría incidencia en la actuación del agente, pues se modificaron los tres conjuntos de elementos que componen el modelo estratificacional.

Si nos fijamos ahora³³ en las «modalidades de la estructuración», esto es, en las tres dimensiones que, dándose en las reglas y recursos, relacionan las capacidades cognoscentes de los agentes con los rasgos estructurales (o estructuras), vemos que se «implica el entrelazamiento de los elementos significativos, normativos y de poder». De este modo la comunicación de significado (la información o punto de vista que una determinada investigación social ofrece, por ejemplo) no puede ser separada nítidamente del uso de poder ni de la aplicación de normas³⁴. Por lo tanto, la modificación de conocimientos, informaciones y marcos interpretativos, que entre otras cosas puede venir dada por los resultados de investigaciones sociales, produce una variación en el núcleo mismo de la práctica social y, con ello, una variación en la producción y reproducción de los agentes y de los rasgos estructurales. Producida la modificación en la práctica social, queda variado el objeto de estudio, lo cual hace necesaria una revisión de las investigaciones realizadas sobre él, generándose así la doble vía de relación circular entre teoría y práctica que se explicita en la doble hermenéutica, y que hace de las generalizaciones autoverificadoras o autofalsadoras un estado común, como puede comprobarse en las relaciones existentes entre Sociología y Psicología de la Educación y el sistema estatal de educación.

En conclusión, hemos aceptado, en principio, una solución al problema de la corregibilidad interna y externa de la descripción u observación participante, que se apoya en la distinción entre «conocimiento mutuo» y «sentido común», e indirectamente en el teorema de la dualidad de la estructura. Sin embargo, el reconocimiento de la doble hermenéutica que anida en las Ciencias Sociales, si bien ha clarificado parcialmente esa solución, nos ha hecho ver que su consolidación lleva aparejada la revisión de importantes supuestos epistemológicos que sostenían al discurso dominante en Sociología³⁵. Conviene, por ello, que nos detengamos en la aceptabilidad y consecuencias de la doble hermenéutica y, especialmente, en la revisión de los enfoques domi-

nantes sobre la relación entre el conocimiento sociológico y el conocimiento que, en sus diversos niveles y formas, es elemento constitutivo de la práctica social.

6. Implicaciones de la doble hermenéutica: la participación práctica de la observación sociológica

Aunque en algunos de sus últimos comentarios sobre la doble hermenéutica Giddens muestra una cierta autocritica por la expresión elegida ³⁶, creo que tanto en su origen, como en su uso y en lo que manifiesta, e incluso en los aspectos cuestionables que incorpora, este concepto permite recoger adecuadamente el estado de la cuestión en nuestro contexto. Es un claro signo de los tiempos el que, como hemos visto, la doble hermenéutica surja de la rotación de dos ejes: I) el de la teoría de la ciencia, que muestra cómo toda ciencia, sin perder su carácter explicativo, tiene una labor interpretativa, dados el marco de significado que es, el carácter conceptual de la observación, etc., y II) el de las ideas dominantes sobre la realidad social, y, en concreto, sobre la acción humana, las instituciones y su relación, que nos hace reconocer que la explicación de éstos es imposible sin una reconstrucción (desde dentro) de la totalidad de sentido que habita en las realidades sociales. Ambas rotaciones están directamente ligadas al reconocimiento del carácter (genética y constitutivamente) lingüístico-simbólico de todo conocimiento (Wittgenstein, Gadamer, Lacan) y a la revisión del papel que el lenguaje cotidiano juega en la formación de discursos específicos o técnicos, que en el caso de la Sociología ha venido impulsada por el postulado (weberiano) de Schutz de la «adecuación» al mundo de sentido de los actores y por la tesis de Winch de una «ligazón lógica» entre el lenguaje cotidiano y el de los científicos sociales. Ahora bien, Giddens, que acepta con matizaciones todos estos pasos, recalca que la ligazón entre ambos discursos no es sólo lógica, sino también práctica: dado que el ámbito de estudio de las Ciencias Sociales es un mundo de sujetos y, en concreto, un mundo cargado de sentido y dirigido, en parte, reflexivamente, resulta que las aportaciones del discurso

técnico pueden ser absorbidas por la vida cotidiana, por lo que ésta se modificaría: la relación no sería lógica, sino dialógica ³⁷.

Si dejamos de lado ahora todo lo que afecta a la relación entre Ciencias Naturales y Sociales, cuestión en la que Giddens no se orienta con claridad, y nos centramos en lo que en principio parece implicar la atribución a la Sociología de una doble hermenéutica, veremos resaltar los siguientes aspectos:

I. Como todo entramado conceptual y experiencial, la Sociología construye un mundo de sentido lingüístico y práctico, que tiene sus propias reglas y recursos y se edifica sobre conceptualizaciones previas, por lo que la justificación o validación de sus afirmaciones y explicaciones es siempre, y en parte, una labor hermenéutica (circular e interna).

II. La Sociología accede a un ámbito de estudio en parte constituido ya por un marco de sentido, por lo que debe (re)construir, desde dentro, ese marco, y trasladarlo a su propio discurso. De aquí que la Sociología parta ya de una labor interpretativa o hermenéutica que sumar a la anterior.

III. El carácter reflexivo de la acción social hace que ésta pueda apropiarse de conceptualizaciones generadas en la Sociología y variar así su propia realidad, con lo que su investigación tendría que ser replanteada y su conceptualización reinterpretada. Así esta labor interpretativa o hermenéutica no es de un circularidad interna ni unidireccional, sino externa y bidireccional: es una hermenéutica dialógica (en cierto sentido dialogada y dialéctica), que complica aún más el establecimiento de criterios de validación y los liga a la intervención práctica de la Sociología.

Con objeto de aclarar estas implicaciones conviene presentar algunos ejemplos y hacer una serie de precisiones. Comencemos por aquellos. Hay ejemplos que son bastante claros, como los que ofrece el modo en que la terminología y visión de la economía (neo)clásica ha inundado nuestras vidas: el análisis de «costes-beneficios» puebla el modo en que muchos organizan su vida profesional y en el que no pocos racionalizan su actividad sexual. Recordemos hasta qué punto la jerga de la Psicología ha modificado la vida de las clases medias urbanas de hoy día ³⁸. Un caso curioso es el que ofrecen los análisis sociológicos estadísticos (sobre la distribución de la población, sobre los modelos de casamiento o familia, etc.), que aparentemente con sólo sim-

ples o complejas recopilaciones y organizaciones de datos objetivos. Pero difícilmente podríamos entender, y menos explicar científicamente, el funcionamiento de muchas instituciones públicas y privadas sin atender a las influencias que sobre ellos tienen aquellos análisis. Una influencia que llega a producir variaciones en la realidad observada, modificando en cierto sentido la validez de las investigaciones realizadas. Es más, si recordamos ³⁹ el modo en que en el paso del siglo XVIII al XIX se desarrollaron los estudios estadísticos veremos que éstos son tanto un síntoma y un resultado de la nueva organización administrativo-burocrática, cuanto un elemento de la conformación de esas instituciones.

Sin ninguna duda el ejemplo que más agrada a Giddens es el que le proporcionan los estudios de Maquiavelo, que no sólo describen una serie de cambios en la organización social y de mecanismos de Gobierno, sino que, según fueron siendo absorbidos por gobernantes y gobernados, conceptos como los de «soberanía», «ciudadano», «gobierno», etc., influyeron directa y difusamente en la formación misma de los Estados. El caso de Maquiavelo mostraría, según Giddens ⁴⁰, que: I) en las Ciencias Sociales no pueden ser olvidados los «fundadores», pues sus reflexiones se dan sobre unos fenómenos que ellas mismas colaboran en constituir; II) cuanto más iluminadores o explicativos sean los resultados de una investigación social, tantas más posibilidades tendrán de ser absorbidos por los agentes y de entrar constitutiva o transformativamente en sus vidas, y III) al convertirse esas ideas en principios comunes de la vida social, da la impresión de que el crecimiento de las Ciencias Sociales no es acumulativo.

Si pasamos ahora a las precisiones antes anunciadas, conviene recordar que la labor hermenéutica, con su compleja ligazón de cuestiones metodológicas y prácticas, se da en toda investigación sociológica, pues hasta los datos cuantitativos están compuestos de interpretaciones cualitativas (contextualmente localizadas e indécicas). Sólo porque muchas veces el investigador comparte con lo investigado el «conocimiento mutuo» parece irrelevante la elucidación hermenéutica de los marcos de significado que rigen la práctica y el discurso de los actores sociales, y se olvida que esta labor no deja de tener un carácter explicativo y generalizante respecto al marco de orientación y racionalización de los actores, a la vez que puede explicitar componentes tácitos o

inconscientes del conocimiento que los actores poseen. Incluso en el estudio del orden institucional, de su reproducción y/o del modo en que se entrelaza con los condicionantes del elemento reflexivo de la práctica social, se requiere tener una cierta interpretación de lo que este elemento comprende en un determinado contexto ⁴¹.

Lo llamativo, sin embargo, de la doble hermenéutica no es que en la Sociología, y en las demás Ciencias Sociales, haya una labor interpretativa del propio marco de sentido y del que es constituyente de la práctica social, sino que la segunda interpretación sea dialógica. El carácter dialógico de la labor interpretativa de la Sociología constituye el verdadero núcleo del concepto de «doble hermenéutica», como queda patente en una de las definiciones más elaboradas que de él nos ha dado Giddens:

«The intersection of two frames of meaning as a logically necessary part of social science, the meaningful social world as constituted by lay actors and the metalanguages invented by social scientists; there is a constant "slippage" from one to the other involved in the practice of the social sciences» ⁴².

Ninguna investigación empírica tiene sentido si no produce, de alguna forma, un conocimiento nuevo o una nueva forma de aplicar conocimientos o técnicas que ya se poseían. En la Sociología resulta que este nuevo conocimiento (nuevos datos o nueva interpretación teórica) versa sobre una realidad que es producida y reproducida por seres cognoscentes, que verán en esos nuevos conocimientos una clarificación, una ratificación o una crítica de las creencias que tienen, lo cual supone una variación en el elemento reflexivo de la práctica social y, con ella, una modificación del ámbito mismo de investigación. La labor interpretativo-hermenéutica que la Sociología realiza sobre su propio discurso y sobre el marco de sentido de las prácticas sociales se ve condicionada por la asimilación (también interpretativo-hermenéutica) que la realidad social hace de sus resultados. De este modo hay una relación hermenéutica bidireccional o dialógica entre la Sociología y la realidad social, que impide a aquella guardar las distancias con su objeto de análisis y dificulta la adquisición de un corpus de conocimiento estable y de crecimiento continuo, pero hace que la Sociología entre en la constitución misma de su objeto de estudio.

La atribución de la doble hermenéutica a la Sociología hace inseparable el reconocimiento y fundamentación de que todos los estudios socia-

les necesitan que los investigadores dominen o asimilen el aparato conceptual vigente en las prácticas sociales estudiadas (lo que al principio llamamos «observación participante» en sentido amplio), de la necesidad de revisar profundamente las visiones dominantes sobre los modos en que la Sociología incide en la práctica o se convierte en factor constitutivo de la propia realidad social. Refiriéndonos a la cuestión que nos sirve de guía, resulta que la solución a la corregibilidad de la «observación participante» necesita clarificar la relación de ésta con la capacidad de intervención práctica de las investigaciones sociales. Esta necesidad se nos hace urgente si, recordando los casos aducidos, por ejemplo, admitimos que una de las principales características de las sociedades contemporáneas y, en concreto, de las instituciones, organizaciones y movimiento que las conforman, es el ser capaces de aprender y de regular sus actividades en base a la información disponible. Sin embargo, esta urgencia no debe hacer que nos apresuremos, pues la revisión que exige, además de proporcionarnos importantes precisiones sobre la corregibilidad interna y externa de las descripciones sociológicas va a dañar seriamente las visiones avaladas por la tradición tecnócrata (Comte, Popper), la hermenéutica (Dilthey, Gadamer) y la teoría crítica (Marx, Habermas).

La visión más tradicional atribuye a las Ciencias Sociales, como a las Ciencias Naturales, una tarea desveladora y desmitificadora respecto de las creencias del hombre de la calle. Las ciencias irían sustituyendo la tradición y el prejuicio por un conocimiento empírico y racionalmente fundado, que ampliaría las capacidades técnicas de los seres humanos. Sin embargo ahora sabemos que hay una importante diferencia entre las creencias sobre el mundo natural y las que alimentan la orientación en lo social: mientras las primeras afectan a la experiencia que tenemos de la realidad natural, no afectan a esta realidad, y, por lo tanto, puede la ciencia (natural) demostrar con mayor o menor dificultad la invalidez en alguna de esas creencias; las segundas, y el lenguaje cotidiano en que son expresadas, entran tanto en la experiencia de la realidad social cuanto en la constitución misma de ésta y no pueden ser demostradas como inválidas sin que varíe el objeto de estudio y la investigación misma. El problema se acrecienta cuando recordamos, con Gadamer por ejemplo, que la tradición hermenéutica se ha apoyado en este hecho, y,

más concretamente, en que sólo asimilando la visión del mundo de los agentes sociales puede estudiarse la realidad social, para decir que la única tarea posible es la «fusión de horizontes»⁴³. El incómodo dilema entre una visión tecnocrática y un abandono de la intervención transformadora se complica desde el momento en que los primeros, apoyándose en una confusa separación entre conocimiento científico y conocimiento cotidiano, ofrecen una atractiva salida al problema de la justificación de los criterios de validez; mientras, los segundos, que saben ver en el conocimiento cotidiano el elemento metodológicamente imprescindible que es, dejan peor que estaba a la cuestión de la validación.

Para salir de este dilema Giddens utiliza, la ya conocida distinción *analítica* entre «conocimiento mutuo», como aquel conocimiento poseído por los agentes que es condición necesaria del estudio de la realidad social y no puede ser corregido por éste, y «sentido común», como las creencias proposicionales que se implican en la conducta cotidiana. Sin embargo introduce aquí⁴⁴ una serie de precisiones que conviene resaltar, pues afectan al principio de solución que habíamos aceptado para el problema de la validación de las descripciones participantes: I) la distinción es principalmente analítica. Esto es, el «sentido común» es «conocimiento mutuo» tratado no como conocimiento sino como creencia falible, aunque esto no se puede hacer con todo el «conocimiento mutuo»; II) la separación de ambos no es fácil, porque incluso la más simple descripción, aunque use los términos de los agentes observados, supone una elección entre terminologías alternativas (no es igual hablar de «movimiento de liberación» que de «banda terrorista») o un distanciamiento crítico (no es igual decir «los trabajadores de X defienden sus intereses organizados sindicalmente», que «los.. creen defender...»); III) las creencias subyacentes en la vida cotidiana, especialmente aquellas que la gente aduce para dar razón de sus acciones, son susceptibles de una evaluación en base a «criterios de credibilidad» (¿Cómo y hasta qué punto la captación de las razones de los actores aclara lo que exactamente están haciendo?) y a «criterios de validez» (¿Se puede valorar como buenas razones esas creencias atendiendo a la evidencia empírica y a la comprensión teórica de la ciencia social?), siendo estos últimos los que caracterizan a la crítica que las Ciencias Sociales hacen al «sentido común»; IV) la evaluación de las creen-

cias en base a criterios de validación se sustenta en el cruce de las críticas internas (a su propio marco de sentido, a sus propuestas) y externas (a la realidad social) que realizan las Ciencias Sociales y por lo tanto supone que es posible enjuiciar la verdad o falsedad de las descripciones, hipótesis, etc., científicas y la verdad o falsedad de algunas creencias cotidianas, es decir, supone una epistemología realista, y V) la crítica de una creencia social implica la crítica de cualquier práctica cuyo desarrollo se apoye en aquella creencia, y por ello tiene una fuerza crítico-transformadora respecto de esas prácticas.

Estas precisiones matizan y ratifican las principales afirmaciones que hemos ido haciendo. En concreto, se reafirma la relación interna entre la justificación de las afirmaciones sociológicas y el carácter crítico de las mismas. Pero esto no es una solución, sino una cuestión claramente planteada, que conduce a toda una cadena de problemas, que deben ser atendidos para consolidar la solución atisbada. Las anteriores precisiones, por ejemplo, nos llevarían a tener que calibrar la indeterminación de las teorías sociológicas por los hechos, a revisar la relación sujeto-«objeto» en el conocimiento social, a clarificar el sentido de los términos «verdad» y «falsedad», tomando postura respecto del realismo, etc. Sin embargo no es este el momento de abordar tan profundas cuestiones. En su lugar me limitaré a apuntar cómo queda cuestionada la tercera visión tradicional, la crítica, de la intervención práctica de las investigaciones sociales, y a considerar dos de las consecuencias a que lleva la perspectiva propuesta.

Cuando Bernstein comenta la doble hermenéutica ⁴⁵ señala que el carácter dialógico de las Ciencias Sociales no avalaría una visión de la intervención práctico-crítica de estas ciencias, que la distinguiera de la aplicación tecnológica y asentara su carácter crítico y, sobre todo, no saldría del círculo que supone tener que o negar (Weber) o afirmar (Habermas) la fundamentación racional de las normas en que basamos los juicios sociales críticos. No vamos a negar ahora que la propuesta de Giddens presenta cuestiones dudosas y problemáticas, pero me parece que precisamente la conexión que, con él, hemos mostrado repetidamente entre la fundamentación de la corregibilidad de los asertos sociológicos y la intervención práctica en la vida social señala nitidamente un punto de vista fuera de ese dilema que había venido atenazando a la defensa del valor crítico de las Ciencias Sociales. Por

ejemplo, no aparece ahora una realidad dada independientemente sobre la que aplicar (técnicamente) un conocimiento externo, sino que ambos están dialógicamente unidos; y la visión episódica de la realidad social impide la formulación de un plan o proyecto global al que se irían sumando las distintas sociedades según su estado evolutivo. Se produce así una ruptura con los modelos epistemológicos dominantes (sea el de Popper o el de Adorno, por ejemplo), que nos facilita la ruptura con una situación donde había que elegir por una de las dos salidas del dilema, y había que elegir de forma voluntarista ⁴⁶. Así, tomando el caso de Habermas, podemos cuestionarnos ¿qué otra cosa sino voluntarismo hay en situar la capacidad emancipadora del conocimiento en la autorreflexión, si se separa a ésta del poder y su ejercicio?, ¿qué otra cosa sino utopismo o añoranza de un supuesto paraíso perdido hay en basar la tarea crítica en la «comunidad ideal de comunicación presupuesta en el lenguaje»? ⁴⁷. Frente a esta concepción Giddens nos ofrece una teoría social que presenta al agente social como cognoscente y capaz, y una metateoría que, al ligar justificación metodológica e intervención práctica, no necesita acudir a ningún paraíso ni decálogo para avalar el carácter crítico de las investigaciones sociales: un nuevo conocimiento social, una nueva interpretación de la vida social es una crítica a algunas prácticas existentes, incluso puede ser una demanda de que el mundo sea diferente, esto es, un acto subversivo ⁴⁸, y si la intervención se produce será una «comprobación» de la validez de ese conocimiento.

La relación dialógica entre conocimiento científico social y práctica social, atribuye a aquél una capacidad crítico-transformadora que, teniendo considerables limitaciones ⁴⁹, no excluye ni la capacidad de desvelar conocimientos, motivaciones o condicionantes inconscientes o tácitos, ni la importancia de la «fusión de horizontes», como mediación entre diferentes asentamientos culturales (desmontar barreras de prejuicios y ampliar la imaginación social), pero que, al saber diferenciar el arma de la crítica de la crítica de las armas, reconoce que aquella capacidad se ejerce en el componente reflexivo de la práctica social y está, en cierto sentido, ligada a la posibilidad de persuadir a los agentes para que amplíen o varíen las formas cognitivas sobre las que se basan en sus prácticas.

Sería ingenuo negar que, como las demás vi-

siones sobre la intervención práctica de las Ciencias Sociales, ésta aparece ligada a algunos supuestos éticos, en concreto es evidente su necesario compromiso con la obligación de hacer públicos los resultados de las investigaciones⁵⁰. Pero lo que ahora nos interesa es que haya quedado claro que la capacidad de intervención crítica de la Sociología está ligada a la corregibilidad de las investigaciones y a la constante absorción de los conceptos y teorías sociológicas por parte de la realidad social que se estudia, de modo que al intervenir en la construcción y cambio de esa realidad, por un lado, prueba, en cierto sentido, su validez (de modo paralelo a lo que el consenso veía en las predicciones cumplidas) y, por otro lado, modifica el punto de referencia de la corrección de sus investigaciones, entrándose así en una relación dialógica.

7. Persuasión y corregibilidad

Entre las consecuencias a que nos conduce la perspectiva propuesta surgen dos, cuyo comentario es aquí pertinente. Me refiero a: I) la corregibilidad parece complicarse excesivamente al perder su carácter lineal (la experiencia verificaría o falsaría a los enunciados) y adquirir un carácter dialógico, por el que la veracidad y la aceptabilidad de una afirmación se establecen en el cruce de su corrección interna al discurso sociológico (adecuación explicativa, sencillez, coherencia, etc.) y su corrección externa (evidencia empírica), donde su posible asimilación por la realidad social sería en principio una comprobación y, posteriormente, si ésta queda modificada, una falsación indirecta; y II) se hace necesario reconocer y calibrar el importante papel que la persuasión y la retórica juegan en los dos niveles de la labor interpretativa, esto es, en la defensa de la validez de nuestras tesis frente a los propios colegas sociólogos y en la capacidad de hacer que aquellas sean asumidas por los agentes en su marco de sentido.

La segunda consecuencia señalada no puede sorprendernos. Las contundentes críticas a las nociones dominantes de «objetividad» y «verdad», el desbaratamiento de las dicotomías básicas del canon metodológico naturalista, etc., no podían sino llevar, en primera instancia, a ver el conocimiento científico delimitado por un deter-

minado marco conceptual y por una comunidad concreta, que impedirían su validación incuestionable o externa. De este modo toda investigación científica a la hora de validar sus propuestas, además de acudir a las bases empíricas y teóricas del marco en que se mueve internamente, tendría que persuadir a los colegas de que los argumentos y razones que aduce son mejores que otros posibles y que conviene, en consecuencia, que se adhieran a la propuesta. El desarrollo del análisis del discurso de las ciencias, la relevancia creciente del estudio de la retórica de las ciencias, y la proliferación de encuentros y congresos son una prueba más de que la «conversación» es un contexto básico de la justificación de afirmaciones científicas, en el que la capacidad de persuasión ocupa un lugar importante. La falta de consenso en la Sociología actual hace aún más clara esta situación. La doble labor interpretativa que hemos atribuido a toda investigación social nos permite incluso resaltar que, con variaciones de tono según el tipo de investigación realizada, nunca será irrelevante el estilo literario de una descripción social para calibrar su adecuación, o que, en tanto el científico social es un comunicador, que traslada marcos de sentido contextualizados a sujetos fuera de ese contexto, «se basa en fuentes de descripción similares a los que utilizan los novelistas, por ejemplo»⁵¹.

El haber admitido estos hechos, y reflexionar sobre ellos, así como el haber repensado la capacidad de intervención práctica de la Sociología, es lo que nos permite afirmar que, en principio, no son incompatibles con la justificación de la corregibilidad de las afirmaciones sociológicas (no son incompatibles siquiera con una epistemología realista), y nos permite cuestionar la tesis de un «giro normativo en Sociología»⁵², según la cual se habría pasado de una situación en que o se aspiraba a la neutralidad valorativa o se la rechazaba, a otra en la que las disputas éticas y políticas tendrían la misma objetividad que las científicas y ello estaría llevando a la construcción de teorías sistemáticas con un contenido normativo explícito y nuclear.

Más importante aún es que las anteriores constataciones nos permiten criticar la superficialidad del pragmatismo instrumentalista de R. Rorty⁵³, quien apoyándose en una visión hermenéutica de la intervención práctica de las Ciencias Sociales, resaltando el valor de la persuasión y sobredimensionando el condicionamiento lingüístico y social de la producción científica, afir-

ma que el único criterio de validez científica está en el poder de control-predicción, evaluado según los principios de relevancia inherentes a nuestro trasfondo cultural y etnocéntrico (a nuestra conversación noroccidental). Lo característico de una gran aportación científica sería su novedad, no su verdad, ni su corrección o adecuación; lo específico de todo trabajo científico no sería ni su rigor ni su búsqueda de la verdad, sino la adopción de los «buenos modales» de, y la cooperación con, aquellos científicos insertos en la misma matriz disciplinaria. Quizá este pueda ser un retrato de los movimientos más evidentes en el quehacer científico, pero es un retrato superficial que, sabedor de la infructuosa búsqueda positivista de una lógica de la justificación, se reduce a una descripción del contexto de descubrimiento, confundiendo la indisolubilidad de la unidad que forman aquella lógica y este contexto con la sumisión de la primera al segundo.

Frente al caso de Rorty y al de otros pensadores que han quedado detenidos en la ruptura con el contenido del canon naturalista, contamos ahora con razones para decir que tan unilateral es encumbrar los condicionantes lingüístico-comunitarios como lo era el endiosamiento positivista de los hechos: al igual que aquellos condicionantes median en la experiencia de los hechos, éstos (el encuentro directo con la realidad factual, con los problemas que nos acucian, por ejemplo) va modulando la conformación de aquellos condicionantes. En el caso de la sociología, la necesidad de adecuación al marco de sentido de los agentes marca ya un criterio externo de corrección, pero además el componente material de la práctica social (los recursos que el agente encuentra y reproduce, el ejercicio de poder inherente a toda acción, etc.) ofrece un soporte suficientemente independiente como para defender que es factible la corregibilidad.

Si nos fijamos ahora en la otra consecuencia que hemos resaltado apreciamos que la corregibilidad se nos presenta más compleja de lo que en realidad es. Ello se debe a que seguimos manteniendo, como fondo de referencia metodológica, el canon del consenso ortodoxo, que no era sino un refinamiento de la metodología positivista defendida por Durkheim y sus continuadores. De ahí que al hablar de una observación que no puede ser previa a toda conceptualización, que no puede tratar a los hechos sociales como cosas (o sistemas naturales), y que no sólo no puede evitar sino que tienen que asimilar lo más

posible las «nociones comunes» de los agentes, nos parezca que se diluye toda posibilidad de corrección del conocimiento *empírico*⁵⁴. Desechar sólo el contenido y no la forma de aquel canon lleva a ir, como un péndulo, del rígido objetivismo positivista (consenso ortodoxo) al relativismo subjetivista (ruptura). Es necesario rechazar también sus formas y exigencias insostenibles.

De hecho, resulta que lo que nos ha permitido justificar, en cierta manera, la corregibilidad de las investigaciones sociales han sido, por un lado, el reconocimiento del valor (como dato empírico básico) de la «observación/descripción participante», pues, al conjugarla con la reconstrucción analítica de los factores estructurales y estructurantes de las prácticas sociales, podemos establecer el necesario juego de contrapesos entre la construcción teórica (las interpretaciones divergentes del «sentido común») y el dato del conocimiento compartido por los agentes. Por otro lado, y de manera inexcusable, hemos sometido este juego de contrapesos a la dinámica de la doble hermenéutica atribuida a las Ciencias Sociales y, en concreto, a la interacción dialógica que se produce entre investigación social y realidad social. Si la justa valoración de la «observación participante» nos ha permitido relegar la rigidez paralizante del consenso ortodoxo, la aceptación de la participación práctica de la investigación social nos ayuda a salir del período de desarraigo que durante tres lustros han padecido muchos de los sociólogos más comprometidos con su trabajo. Aquí tenemos la prueba de que el abandono del contenido del consenso dominante debe ir unido a un rechazo de sus formas y exigencias.

Por último, puede parecer que la apelación hecha a la doble hermenéutica *sólo* ha servido para actualizar el principio de que los esfuerzos críticos de cualquier ciencia están ligados a la adecuación lógica y empírica de las observaciones y teorías que la constituyen. Aunque «sólo» hubiéramos conseguido esa actualización, esto es, hubiéramos dotado del contenido hoy vigente a los conceptos centrales de ese principio, el trabajo estaría plenamente justificado. Sin embargo, me temo que a lo más que hemos llegado es a: I) recordar que en las Ciencias Sociales esa ligazón es biunívoca o dialógica (la adecuación lógica y empírica está a su vez ligada a las tareas críticas), y que, por lo tanto, la vieja cuestión sobre las relaciones entre teoría y práctica sigue hoy vigente bajo este (nuevo) ropaje, y II) a apuntar a algunos

elementos de aquella actualización, que nos hace afirmar que el momento actual de la Sociología no es de consenso ortodoxo, ni de simple ruptura, sino de reconstrucción teórica y metodológica, y que, si esta reconstrucción se hace en una apertura constante del discurso sociológico a la organización de la vida, y viceversa, y en medio de unos cambios sociales tan fuertes o más que los que impulsaron el trabajo de los «padres fundadores», podría retomarse el espíritu del programa clásico, sin que haya que recaer en el voluntarismo del pensamiento crítico, ni en el río revuelto de la retórica y el instrumentalismo.

Resumen

El propósito de este trabajo es contribuir a desbrozar el terreno para que se pueda elaborar una visión clara del estado actual de la Sociología. Con tal fin, una vez esbozado el amplio contexto en que se encuadra mi reflexión, tomo como su hilo conductor uno de los problemas metodológicos surgidos con la ruptura del «consenso ortodoxo», a saber: el que se plantea al tener que conjugar el hecho de que la veracidad y validez de las «observaciones participantes» dependen de su adecuación al entramado de sentido imbricado en la realidad social estudiada, con el hecho de que la investigación sociológica requiere, además, poder interpretar justificadamente esas observaciones desde su propio marco de sentido. El principal elemento que tomo como base para solucionar este problema consiste en admitir la doble hermenéutica que A. Giddens atribuye a la sociología. Pero el carácter dialógico que la doble hermenéutica nos hace ver en toda investigación social me hará afirmar que los necesarios criterios de corregibilidad interna y externa de las observaciones y descripciones sociológicas sólo pueden venir justificados si reformamos nuestra visión de la intervención práctica de la Sociología y reconsideramos algunos de los conceptos como los de corregibilidad y persuasión. Lo cual manifiesta que las cuestiones metodológicas básicas están, hoy día, ligadas a una reconstrucción teórica y a una revisión metateórica, que se hallan en curso.

NOTAS

¹ La parte central de este artículo fue presentada, con algunas modificaciones, como ponencia en el III Congreso Nacional de Sociología

(San Sebastián, septiembre, 1989). Su redacción completa y definitiva se ha beneficiado de los comentarios que entonces se hicieron y de los que posteriormente ha hecho el profesor Laureano Pérez Latorre. La deuda con la obra de A. Giddens es evidente.

² HABERMAS, J.: *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid, Taurus, 1988, vol. II, pp. 563-5 (e. o. 1981).

³ C. P. SNOW: *Las dos culturas y un segundo enfoque*. Madrid, Alianza, 1977 (e. o. 1959/64).

⁴ HABERMAS, J.: «Progreso técnico y mundo social de la vida», en *Ciencia y Técnica como «Ideología»*. Madrid, Tecnos, 1984 (e. o. 1966).

⁵ WEBER, M.: «La objetividad del conocimiento en las ciencias y políticas sociales», en *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires, Amorrortu, 1982 (e. o. 1904).

⁶ Cfr. WARDELL & TURNER, S. P.: «Dissolution of the Classical Project», en Wardell & Turner (eds.): *Sociological Theory in Transition*. London, Allen & Unwin, 1986, pp. 1-4.

⁷ A la aceptación de este hecho han contribuido importantes sociólogos como D. Bell, A. Touraine, o M. Maffesoli. De este último he tomado los conceptos utilizados.

⁸ HABERMAS, J.: «Prefacio a la nueva edición», en *La lógica de las Ciencias Sociales*. Madrid, Tecnos, 1988 (e. o. 1982).

⁹ Tras la primera obra de K. Popper y, sobre todo, después de los trabajos de N. R. Hanson, S. Toulmin, T. S. Kuhn, I. Lakatos, etc., han quedado clausurados todos los senderos de regreso al «dogma de la imaculada percepción».

¹⁰ Cfr. COHEN: «Participant Observation and Professional Sociology», en *Current Perspectives in Social Theory*, vol. 5, 1984, pp. 71-100.

¹¹ GOFFMAN: *Asylum: Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Innates*. Harmondsworth, Penguin, 1961.

¹² Cfr. GIDDENS, A.: *Sociology*. Cambridge, Polity Press, 1989, pp. 670-5.

¹³ Cfr. GARFINKEL, H.: *Studies in Ethnomethodology*. Cambridge, Polity, 1987 (e. o. 1967), cap. 1; y WOLF, M.: *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid, Cátedra, 1982, pp. 109-120.

¹⁴ No es sólo la relevancia de estas tesis para mi reflexión lo que me lleva a recordarlas, también influye lo fructífero de las mismas frente a lo problemático de otros recursos que utilizan los etnometodólogos, como postular la indiferencia para con los valores y necesidades que los actores achacan a sus propias prácticas y a las circunstancias en que se dan «Cfr. H. Garfinkel y H. Sack: "On formal structures of practical action", en A. Wells (ed.): *Contemporary Sociological theories*. Santa Mónica, Goodyear, 1978 (e. o. 1970)».

¹⁵ Cfr. WOLF: *Op. cit.*, pp. 120-5; y GARFINKEL: *op. cit.*, p. 35.

¹⁶ GARFINKEL: *op. cit.*, p. 192.

¹⁷ Se muestra que el propósito de limitarse al análisis de acciones concretas es una característica genética y básica de la etnometodología en J. C. Heritage, «Ethnomethodology», en A. Giddens & I. Turner (eds.): *Social Theory Today*. Cambridge, Polity, 1987.

¹⁸ Cfr. GIDDENS: *Central Problems in Social Theory*. London, Macmillan, 1979, pp. 3-4; *The Constitution of Society*. Cambridge, Polity, 1984, pp. 1-2, 35-6; *Profiles and Critiques in Social Theory*. London, Macmillan, 1982, p. 10.

¹⁹ Cfr. GIDDENS, A.: *The Constitution*, cap. 1; *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Amorrortu, 1987 (e. o. 1967), introducción.

²⁰ GIDDENS, A.: *The Constitution*, p. 25.

²¹ *Ibid.* y *Las nuevas reglas*, p. 17.

²² GIDDENS, A.: *Studies in Social and Political Theory*. London, Hutchinson, 1977, p. 11.

²³ Cfr. GIDDENS, A.: *Las nuevas reglas*, pp. 10, 17, 88-92; y *Social Theory and Modern Sociology*. Cambridge, Polity, 1987, pp. 62-70.

Quizá fuera más congruente con el uso castellano y con la etnometodología, reservar, como me sugiere el profesor Pérez Latorre, la denominación de «sentido común» para aquel conocimiento compartido que se halla emparentado con reglas y recursos, mientras el conjunto de creencias subyacentes podría llamarse «base común de creencias».

²⁴ Cfr. GIDDENS, A.: *The Constitution*, p. 26; y GREGORY, D.: «Structuration Theory», en GREGORY, D., & SMITH, D. M.: *The Dictionary of Human Geography*. Oxford, Basil Blackwell, 1986, pp. 464-6.

²⁵ Cfr. COHEN, I.: *op. cit.*, pp. 84-7.

²⁶ Cfr. COHEN, I.: *op. cit.*, pp. 87-92.

²⁷ GIDDENS, A.: *Central Problems...*, p. 252 (Por «forma de vida» en-

tiende el marco de sentido de las prácticas y las emisiones); *vid. Studies in Social...*, p. 11.

²⁸ No hay que confundir esta confluencia entre la posible solución a las cuestiones planteadas (sobre la corregibilidad de descripciones participantes y la justificabilidad de descripciones alternativas) y la revisión de nuestra imagen metateórica, con el hecho de que aquellas cuestiones sean una manifestación, en la metodología de las Ciencias Sociales, de algunos de los principales problemas de la epistemología actual, como son las posibilidades de acceso a un marco conceptual ajeno y de traslación y comparación entre diferentes marcos. Evitar esta confusión impedirá hacer extrapolaciones inapropiadas.

²⁹ *Cfr. GIDDENS, A.: Studies in Social...*, Introducción y cap. 3. Es ahí evidente que esta interpretación es heredera del «giro lingüístico» del pensamiento occidental, impulsado principalmente por Wittgenstein, Gadamer y Peirce.

³⁰ Así se manifiesta en los programas de investigación más prometedores y progresivos hoy en Epistemología, como son el del análisis estructural de las teorías científicas (J. Sneed, U. Moulines, W. Balzer...) o el realismo «científico-trascendental» (R. Harre, R. Bhaskar...).

³¹ *Cfr. GIDDENS, A.: Central Problems...*, pp. 243-5. El trabajo de LAMO DE ESPINOSA, E.: «Predicción, reflexividad y transparencia: la ciencia social como autoanálisis colectivo» (*Reis*, n.º 43, 1988, pp. 43-74) analiza más profundamente esta cuestión y puede leerse, en general, como un trabajo paralelo a nuestra reflexión.

³² GIDDENS, A.: *Central Problems...*, p. 5; *vid. The Constitution...*, pp. 5-6 y 26-7.

³³ *Cfr. GIDDENS, A.: The Constitution...*, pp. 28-34.

³⁴ *Cfr. THOMPSON, J. B.: «The Theory of Structuration», en Studies in the Theory of Ideology.* Cambridge, Polity, 1984.

³⁵ A lo largo de nuestra reflexión se ha sembrado la semilla de la duda en varios de esos supuestos, especialmente en el modo en que son vistos desde el consenso ortodoxo. Me refiero a supuestos como la contraposición entre explicación y comprensión; la relación entre las micro y las macroperspectivas, la separación de las disciplinas sociales; las semejanzas y diferencias entre Ciencias Naturales y Sociales, etcétera.

³⁶ *Cfr. GIDDENS, A.: Social Theory*, p. 18. Creo que esta autocrítica surge de una cierta conciencia de haber construido el concepto de «doble hermenéutica» de forma no muy clara, y no exenta totalmente de contradicciones. Espero no reproducir tales insuficiencias.

³⁷ *Cfr. GIDDENS, A.: Profiles and...*, pp. 11-4; *Central Problems...*, pp. 245-8; «Interview» en MULLAN, B.: *Sociologist on Sociology*. London, Croom Helm, 1987, p. 109.

³⁸ *Cfr. BERNSTEIN, J.: «Structuration as Critical Theory», Praxis International*, vol. 6, n.º 2, 1986, p. 246; y GIDDENS, A.: «Social Theory and Problems of Macroeconomics», en *Social Theory*; y LAMO DE ESPINOSA, E.: *op. cit.*, pp. 48-50, 71.

No se olvide que, como ya se dijo, la modificación del carácter reflexivo de la práctica social sólo parece factible cuando el carácter recursivo (con sus reglas y recursos), es también susceptible de variación.

³⁹ *Cfr. GIDDENS, A.: The Constitution...*, p. 351.

⁴⁰ *Cfr. GIDDENS, A.: The Constitution...*, pp. 350-4; *Social Theory...*, pp. 18-21.

⁴¹ *Cfr. GIDDENS, A.: The Constitution*, pp. 327-33.

⁴² *Cfr. GIDDENS, A.: The Constitution*, p. 374; *vid.* pp. 284-5.

⁴³ *Cfr. GIDDENS, A.: Studies in...*, pp. 10-1; *The Constitution...*, pp. 334-6; y DICKIE-CLARK: «Anthony Giddens's Theory of Structuration», *Canadian Journal of Political and Social Theory*, vol. 8, n.º 1-2, 1984, p. 197.

⁴⁴ *Cfr. GIDDENS, A.: The Constitution...*, pp. 337-340.

Conviene recordar que Giddens justifica el hablar aquí de conocimiento, y no de creencias, señalando que, al referirse a cómo los actores se orientan en los contextos cotidianos, la formulación de descripciones exige poner entre paréntesis el escepticismo: «Las creencias han de ser tratadas como conocimientos cuando el observador opera en el plano metodológico de la caracterización de la acción».

⁴⁵ *Cfr. BERNSTEIN, R.: op. cit.*, pp. 246-8.

⁴⁶ *Cfr. GELLNER, E.: Relativism and the Social Sciences.* Cambridge, Univ. Press, 1985, p. 67.

⁴⁷ *Cfr. HABERMAS, J.: «Conocimiento e interés», en Ciencia y Técnica*, pp. 172-81; GIDDENS, A.: *Studies in...*, pp. 147-51.

Las cuestiones que me han llevado a introducir en nuestra reflexión la teoría de la estructuración han hecho que resaltara sus elementos metodológicos y hermenéuticos, y fuera injusto con el énfasis que su autor pone en reseñar el carácter práctico, material y de poder que habita en el núcleo de la realidad social, esto es, en las prácticas sociales.

⁴⁸ *Cfr. GIDDENS, A.: Sociology: a brief but critical Introduction.* London, Macmillan, 1986 (e. o. 1982), pp. 13-22; «Interview», pp. 108-11; DICKIE-CLARK, H. F.: *op. cit.*, pp. 109-10.

⁴⁹ GIDDENS, A.: *The Constitution...*, pp. 341-3; *Las nuevas reglas...*, p. 163.

De la enumeración que Giddens hace de las condiciones que limitan esa capacidad transformadora de las Ciencias Sociales, se puede decir que apunta a dos conjuntos generales: uno, cuando las conductas que podrían verse afectadas se encuentran como ratificadas por algún elemento recursivo; y otro, basado en que la posibilidad de articular discursivamente los intereses está normalmente distribuida de forma asimétrica en la sociedad.

⁵⁰ *Cfr. GIDDENS, A.: Social Theory and...*, pp. 46-8; *Sociology*, 1989, pp. 23-4, 685-6; y LAMO DE ESPINOSA, E.: *op. cit.*, pp. 67-9.

⁵¹ GIDDENS, A.: *The Constitution...*, pp. 284-5; *vid. NISBET, R.: La Sociología como forma de arte.* Madrid, Espasa-Calpe, 1979.

⁵² *Cfr. PHILLIPS, D.: «Preface», en Wardell & Turner (eds.): op. cit.*, pp. 6-7.

Los abanderados de este giro normativo serían Rawls, Nozick y Dworkin.

⁵³ *Cfr. RORTY, R.: «Science as Solidarity», en J. J. Nebon, A. Megill y D. McClark (eds.): The Rhetoric of the Human Sciences.* Wisconsin, Uni. Press, 1987.

⁵⁴ *Cfr. DURKHEIM, E.: Las reglas del método sociológico.* Madrid, Morata, 1982.

La obra de THOMAS, D.: *Naturalism and Social Science.* Cambridge, Uni. Press, 1979, cap. 2, muestra, con desigual acierto, las múltiples y profundas raíces de la pregunta por las relaciones entre Ciencias Sociales y sentido común, que la convierten en una de las principales cuestiones metateóricas actuales.